

# El conocimiento humano

## Invertir e investigar

### ¿A quién le interesa conocer?

Pablo Iruzubieta

En España no se genera suficiente conocimiento porque se invierte poco, porque vivimos en el mundo del aquí y ahora y no nos preocupamos de entelequias poco concretas y sin resultados útiles inmediatos.

Hubo un tiempo en el que nos enfrentamos al mismísimo Dios por conocer. Así desatendimos su advertencia y, movidos por la serpiente de la curiosidad, devoramos una manzana que los hombres aún llevamos cruzada en la garganta. Este gesto de conocer como desafío a lo divino se repite también en el mito de Prometeo que iluminó con el fuego a la humanidad. No obstante, aquellos tiempos quedan muy lejos, y si desoímos al Dios del cielo por conocer, no así al Dios terrestre que nos somete. De esta forma, sometidos a las cadenas de oro que nos gobiernan, al repicar monótono y frío de las monedas, hemos renunciado (especialmente en este país) al conocimiento. Dan fe de ello las partidas presupuestarias invertidas en asuntos relacionados con el saber, en lo referente a la transferencia de este, es decir, la educación; pero especialmente en su producción: la investigación (y no solo la científica, aunque será esta, y especialmente la biomédica, por ser la que mejor conoce quien esto escribe, la que será tratada con mayor detalle).

Toda vida humana es una continua búsqueda de algo desconocido. Nuestro cerebro es estimulado, crece y se modifica con el aprendizaje, con la adquisición de datos que nos ayudan a desenvolvernos en nuestro entorno. Nuestro cerebro está creado para conocer. Pero, una vez más, desatendemos la naturaleza propia de nuestro ser, ese afán por saber para sobrevivir (y no solo para ello) y nos olvidamos de la importancia que

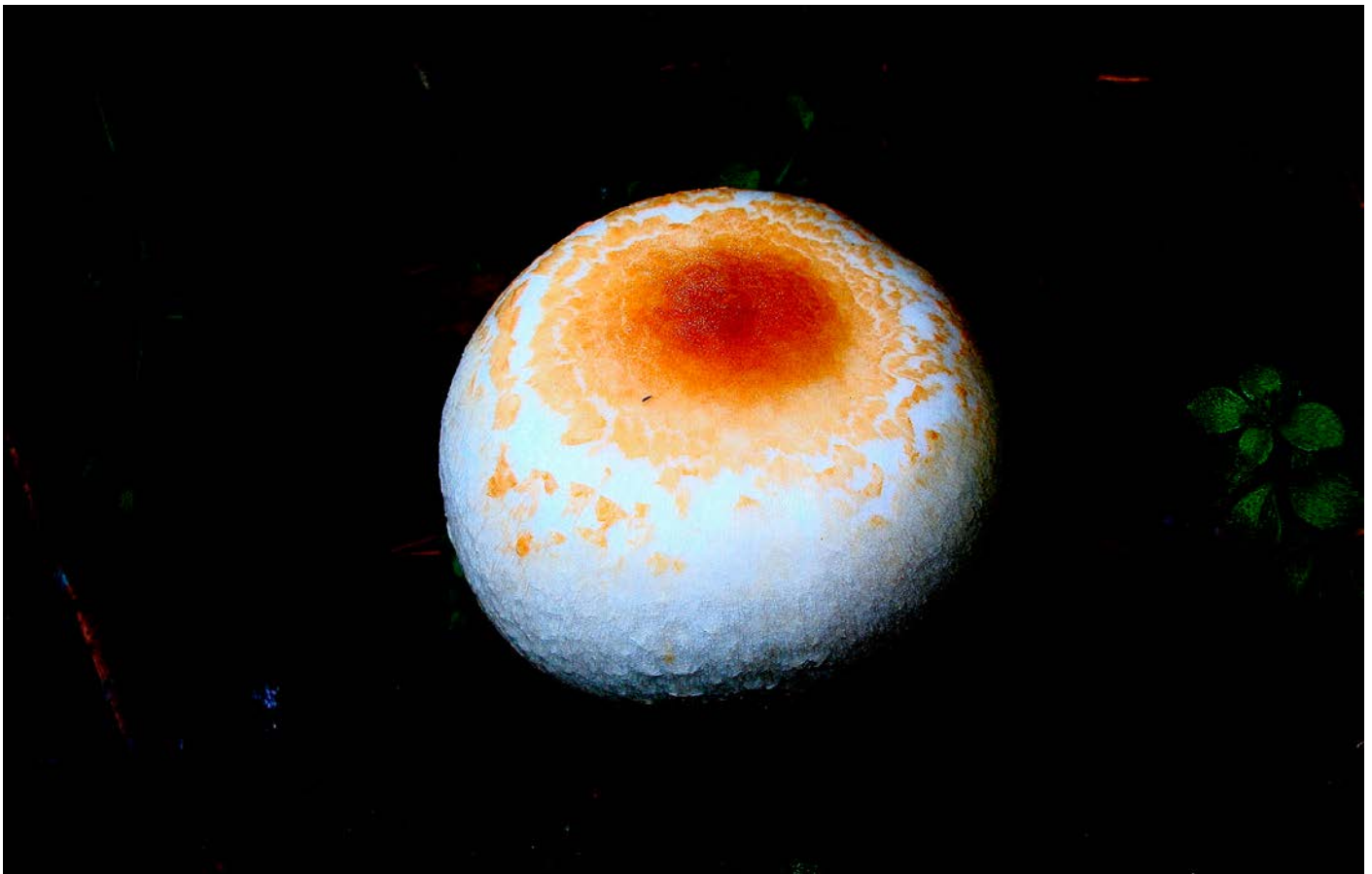
investigación y educación poseen. Vivimos en una sociedad que no comprende, o no quiere comprender, la importancia que tienen esos locos que dedican su vida a aumentar (aunque solo sean unos pequeños milímetros) las fronteras del saber. Poseemos

“ Sometidos a las cadenas de oro que nos gobiernan, al repicar monótono y frío de las monedas, hemos renunciado al conocimiento. ”

joyas de la literatura que deben ser analizadas e interpretadas, una rica historia que debe ser conocida, un mundo que nos rodea y que debe ser medido y explicado y un organismo que vive y enferma que debe ser estudiado e investigado. Pero no solo por el mero placer de conocer (que de por sí ya es suficientemente gratificante para satisfacer la vida de un hombre) sino también por su indudable utilidad. No conozco a nadie capaz de afirmar, por ejemplo, que los últimos avances de la medicina no han servido para nada. El desarrollo de vacunas, cirugías innovadoras, el conocimiento de procesos fisiológicos antes inexplicables... Todo ello ha servido para arrojar luz sobre el funcionamiento de nuestro organismo, lo que nos ha permitido intervenir sin ir a ciegas a la hora de tratar a los pacientes. Pero es indudable que esto requiere dinero y tiempo. La inversión

en la producción de conocimiento ha sido diezmada y la causa es única y dolorosa: los gobiernos recortan con especial crudeza en aquellos temas que duelen menos a la sociedad, que les hacen perder menos votos. Pocas manifestaciones se han visto por las atrocidades que han llevado a muchos investigadores a cambiar de trabajo (muchos por el de parado) o a cruzar las fronteras. Pocas personas son capaces de entender y amar la función de esa gente que investiga encerrada en bibliotecas o laboratorios, en los mismos pasillos del hospital o a campo abierto. Yendo a lo concreto y local, hace poco un médico de Zaragoza publicó en una de las revistas científicas más prestigiosas del mundo y no solo la cobertura periodística no fue la adecuada (en relación con la recibida por otras insulsas, vacías y sensacionalistas noticias) sino que, además, los comentarios que se produjeron eran inconsistentes y egocéntricos: “más acelerar las listas de espera y menos investigar, eso a mí qué me importa”. Y es que aún impera aquel pensamiento unamuniano del “que inventen ellos” que tanto daño ha hecho y que hace que muchos se enfoquen en el beneficio concreto y a corto plazo, en lugar de esas largas investigaciones que requieren (repitémoslo una vez más) tiempo, esfuerzo y dinero.

Siempre habrá voces agoreras que defiendan que los españoles (generalizando, los mediterráneos) como pueblo, como raza, no estamos creados para dedicarnos a la investigación científica. Que nuestra sangre



FOTOGRAFÍA: Eclipse (Eugenio Mateo)

sureña nos lleva hacia otros derroteros. Falso. Cien, mil veces falso. He ahí a Santiago Ramón y Cajal, padre de la neurociencia moderna, y su desconocido y aragonés discípulo Lorente de Nó (injustamente olvidado en su propia tierra pero reconocido más allá de nuestras fronteras) y los grandes historiadores, físicos (como Juan Ignacio Cirac, referente mundial en óptica cuántica) y filólogos (valga como ejemplo, la aragonesa Aurora Egido) que han poblado y pueblan muchas de nuestras universidades y centros de investigación a pesar de los tiempos y las gentes. Y otro referente internacional de la neurociencia, Rafael Yuste (conocido por ser uno de los promotores del proyecto BRAIN en el que la Casa Blanca —son tan distintos en estos temas al otro lado del Atlántico— invierte 300.000 millones de dólares al año). Pero ninguno de ellos (ni siquiera los galardonados con el prestigioso Nobel u otros premios de similar valía) llegan a generar el candor mediático ni a ser la mitad de conocidos e investigados que otros que se dedican, simple y llanamente, a entretener.

“ La inversión en la producción de conocimiento ha sido diezmada y la causa es única y dolorosa: los gobiernos recortan con especial crudeza en aquellos temas que duelen menos a la sociedad, que les hacen perder menos votos. ”

Por supuesto que entre los españoles puede haber buenos investigadores (no culpemos al clima de nuestra desidia), pero muchos de ellos se encuentran en la obligación de tener que ir a otros destinos más amables y generosos con quienes desean conocer más. Aún nos sorprende que haya españoles de calidad que se ganan el pan y el respeto de sus colegas investigando en otros países pero nuestra sociedad no acepta las inversiones a largo plazo en cosas tan intangibles como las células, los átomos o incluso los tratados antiguos.

O simplemente no las valora en tiempos de crisis. Y, sin embargo, los más ricos de nuestro país ante problemas graves de salud viajan a EE.UU. donde se investiga y se aplica lo descubierto, donde se respeta el conocimiento aunque tristemente solo sea, en muchas ocasiones, por su capacidad de generar riqueza, si bien ni esto anima a nuestro país a invertir.

“ ¡Qué lástima que los que investigan no sepan transmitir su pasión, explicar su importancia! ”

¡Qué lástima que no se aprecie el conocimiento! ¡Qué lástima que los que investigan no sepan transmitir su pasión, explicar su importancia! ¡Qué lástima que no encontremos tan cómodos invirtiendo minucias, ni las sobras casi, en generar saber! Y, sobre todo, ¡qué lástima que todo nos dé igual y ni siquiera nos quejemos!